

AMILCAR BARCA Y EL FRACASO MILITAR CARTAGINES EN LA ULTIMA FASE DE LA PRIMERA GUERRA PUNICA

Jaime Gómez de Caso Zuriaga

Universidad de Alcalá de Henares

A comienzos de la década de los años cuarenta del s. III a. C., tienen lugar dos puntos de inflexión en el desarrollo de la ya entonces larga y farragosa campaña de la Primera Púnica (comenzada en el 264). Por un lado, la pérdida de las flotas romanas en Drépano y Camarina¹, que vendría a cambiar los planteamientos estratégicos

¹ La batalla de Drépano fue una derrota en combate, en la que los romanos debieron perder unos 100 barcos. La de Camarina resultó todavía más definitiva, porque, tras un encuentro, toda la armada romana resultó destruida al verse sorprendidas sus dos escuadras por una tempestad. Las fuentes esenciales, para Drépano: Pol. I, 49 a 51 y Diod. XXIV, 1, 7-9. También Oros., *Hist. Adv. Pag.* IV, 10, 2-5. Para Camarina: Pol. I, 53 y 54; Diod. XXIV, 1,7-9. Polibio y Diodoro cuentan los acontecimientos de diferente manera; sin duda sus versiones proceden de fuentes distintas (en general, sobre las diferentes fuentes de uno y otro, *vid.* V. La Bua: *Fileno-Polibio, Sileno-Diodoro*, Palermo 1966). Las cifras de las pérdidas

de la potencia italiana. De otro, al final de un breve periodo sin acciones militares, al menos por parte de Cartago, la aparición de Amílcar Barca en escena al mando del ejército expedicionario en Sicilia; aparición que conducirá, como ya observara el propio Polibio, a la transformación de la dirección de la guerra en la última parte de la campaña, si bien no en una forma tan radical y positiva como se podría esperar del tono laudatorio y admirativo de la narración del megalopolitano².

En el primer capítulo de mi tesis doctoral, redactada bajo la dirección del Dr. García Moreno³, me ocupé de investigar las causas de la aparición histórica de Amílcar⁴, acontecida precisamente inmediatamente después de este periodo de inactividad militar púnico-romano que sigue a las batallas de Drépano y Camarina, en el 249. En nuestras conclusiones creímos establecer con un razonable

bailan mucho, pero es evidente que a partir de ambos acontecimientos la armada romana ya no resulta operativa, al menos a gran escala; aunque -a nuestro juicio- tal vez pudiera ser debido a las características de sus barcos, no sólo a las pérdidas. Si no la conocida construcción de una nueva flota, comenzada en el 243, aquella que derrotará finalmente a la cartaginesa ante las Egadas (Pol. I, 59, 6-10), carecería de sentido. Sobre las pérdidas y la resonancia de ambos hechos, en general, F. W. Walbank: *Com.* I, I, 51, 11-12; O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol. II, Berlín 1896, 325-332; W. Huss, *Geschichte der Karthager*, Munich 1985, 243-245. H. H. Scullard, "Carthage and Rome", *Cambridge Ancient History (C.A.H.)*, vol. VII/2, Cambridge 1989, 557 y ss.

² Los pasajes más significativos en este sentido serían Pol. I, 58, 3; I, 60, 8; I, 62, 3-6; y -sobre todo- I, 64, 6.

³ J. Gómez de Caso Zuriaga, *Amílcar y la política cartaginesa (249-237 a. J. C.)*, leída en Alcalá de Henares en Octubre de 1993.

⁴ Amílcar Barca ha sido a veces identificado con el *Amilcar* del mismo nombre que aparece al comienzo de la Primera Púnica (Zoi. I, 1, 1). Meltzer y Huss lo desestiman claramente. Seibert reconsidera esta posibilidad. En todo caso, a nosotros nos parece improbable que el gobierno de Cartago se entregase en el 247 el mando de ejército y flota a un hombre carente por completo de experiencia militar. Debió ejercer algún mando en Sicilia. En cuanto a si las fuentes antiguas conservaron memoria de ello, eso es otra cosa. Esencialmente, Lenschau, "Hamilkar" (6) y (7), *R.E.*, cols. 2302-2303; O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol. II, Berlín, 1896, p. 570; W. Huss, *Geschichte der Karthager...*, 228, n. 74; J. Seibert, *Hannibal*, Darmstadt 1993, 38, n. 38.

margen de seguridad que, durante este periodo de dos años en los que no se detecta acción militar alguna, al menos por parte cartaginesa, y tras el afianzamiento romano en torno a Erice⁵, se desarrolla un triple proceso estratégico-político en Roma y en Cartago, decisivo a la hora de determinar el planteamiento del general cartaginés y su posterior evolución en la dirección de la guerra.

Por un lado, Roma, ante sus reiterados fracasos por mar y la enorme sangría en dinero, barcos, material y hombres que representan, si bien continúa firme en su propósito de salir victoriosa de la campaña⁶, decide pasar a una estrategia más conservadora y basar su planteamiento militar -exclusivamente- en acciones terrestres en Sicilia, de donde parte de una posición de ventaja, con el fin de aislar al ejército cartaginés. Por otro lado, la negativa romana a darse por vencidos en base a sus fracasos militares y, especialmente, navales, y la dificultad (mejor, imposibilidad) cartaginesa para echar a las legiones de Sicilia lleva a los dirigentes púnicos a dividirse en dos bandos con criterios políticos y estratégicos enfrentados, liderados respectivamente por Amílcar Barca y por Hanón, apodado el Grande,

⁵ Pol. I, 55, 5-10.- Para nosotros, Lucio Junio, con el fin de no salir de su consulado sin flota y con las posiciones de tierra amenazadas, dedicó el periodo final de la campaña a las acciones que se narran en este pasaje polibiano: a afianzar las posiciones romanas en torno a Erice (santuario de Afrodita) y Drépano. Recordemos que, como afirma Walbank, Junio fue colega de Claudio, no su sucesor, como asume Pol. I, 52, 5. Por ello creemos que no fue descabellada la suposición de Meltzer de situar los encuentros navales a comienzos del varano del 249. Véase F. W. Walbank, *Com. I, I, 52, 2*; O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol. II, Berlín 1896, 330 y ss. J.-P. Brisson, *Carthage ou Rome?*, Paris 1973, 88-89. De todas formas, en nada alterarían nuestras hipótesis el hecho de que los acontecimientos narrados en Pol. I, 55, 5-10 hubiesen tenido lugar al año siguiente. Probarían, una vez más, la poca intención romana de dar la guerra por virtualmente terminada en ese momento.

⁶ Reiteradamente en Polibio. Pol. I, 59, 6; 37, 7; 38, 5; 54, 4; 57, 2. No debemos olvidar que, especialmente en la Primera Guerra Púnica, Polibio ve en esta determinación romana una de las causas del triunfo final en la guerra. Cf. K. F. Eisen, *Polybiosinterpretationen*, Heidelberg 1966, 180-181.

el Rab⁷. Finalmente, en tercer lugar, los posibles argumentos pacifistas de Hanón y sus partidarios, se estrellarían ante la terquedad romana en no reconocer otro final a la contienda que la retirada cartaginesa de Sicilia. Condición, en estas circunstancias favorables, totalmente inadmisibles para un sector influyente de la clase dirigente cartaginesa.

En estas circunstancias dar por terminada unilateralmente la guerra, como pudo ser la intención de Cartago, resultaba imposible y esta "obstinación romana" daría su oportunidad a los planteamientos belicistas y agresivos de la facción de Amílcar.

Es precisamente en este momento, en torno al 247, cuando Amílcar aparece al frente del ejército de Sicilia. Las causas por las que alcanza este mando nos parecen claras en este contexto. Se debería a su propio liderazgo político en Cartago al frente de la facción más agresiva respecto a Roma. A causas estrictamente políticas, no militares⁸. Como tal líder, si había mantenido frente a Hanón la necesidad de alcanzar una victoria en la isla o en el continente, en Italia, que alejase el peligro romano, es porque había creído en tal posibilidad de triunfo y se habría presentado a sí mismo como el hombre capaz de llevar a cabo la empresa⁹. Evidentemente, ni su determinación, ni su prestigio como jefe militar, al ser

⁷ Lenschau, "Hanno" (14), *R.E.*, cols. 2355-2357; Huss utiliza el apelativo "Rab" en su transcripción púnica, así v. gr. W. Huss; *Geschichte der Karthager*, 265. "Rab" (*rb*) significa "señor", "jefe", "príncipe", "sumo". Cf. Ma. J. Fuentes Español, *Vocabulario Fenicio*, Barcelona 1980, 225-226.

⁸ Recuérdese que no existen razones militares en Cartago para relevar a sus mandos, Adérbal y Cartalón, pues su dirección militar ha resultado muy positiva frente a los romanos. Adérbal y Cartalón desaparecen al entrar Amílcar en escena y no se nombran más a partir de Pol. I, 54.

⁹ Desconocemos el papel que en este momento pudo desempeñar Asdrúbal. En torno al año 40 le vemos compartir el papel de líder de la facción dura cartaginesa junto a Amílcar (véase especialmente Ap., *Iber.* 4). El matrimonio de Asdrúbal con la hija de este último pudo tener pues un origen político. Nepote lo atribuye a razones personales y algo escabrosas. *Vid. Nep., Amíl.* 3, 2.

reconocido como el más brillante de esta larga guerra¹⁰, ni sus atrevidos, pero poco exitosos planteamientos tácticos y estratégicos, ni -en fin- la hipotética calidad de sus tropas y oficiales colaboradores, podrán lograr dar una resolución favorable a la campaña, ni siquiera un vuelco estratégico significativo a la misma. ¿Por qué?

Evidentemente, en primer lugar, existe una causa geoestratégica de fondo. El enorme desequilibrio de fuerzas entre Cartago y Roma. En efecto, aunque la capacidad cartaginesa de inversión económica en la guerra debía ser similar a la romana o, al menos, suficiente, pese a algún dato en contra¹¹, no lo eran sus reservas estratégicas, fabulosas en el caso romano¹²; ni lo eran los métodos militares de reclutamiento, poco adaptados en el caso cartaginés a una campaña difícil o prolongada¹³. Finalmente,

¹⁰ Explícitamente en Pol. I, 64, 6. Volveremos, sin embargo, sobre el tema. Al respecto, en general, J. Seibert, *Forschungen zu Hannibal*, Darmstadt 1993, 27 y 83-107.

¹¹ Cartago se ve obligada varias veces durante la guerra a buscar recursos económicos en forma extraordinaria, bien a través de expediciones militares en Africa, como la dirigida por Hanón contra Hecatómpto, conocida a través de Diodoro (Diod. XXIV, 10); bien intentando obtener dinero prestado de Egipto (Ap., *Sic.* fr. 1). Sobre las intensas relaciones entre Cartago y el Egipto Tolomáico, W. Huss, "Die Beziehungen zwischen Karthago und Ägypten in hellenistischer Zeit", *Anc. Soc.* 10, 1980, 119-137.

¹² La desproporción de reservas puramente militares era enorme. Frente a la muy limitada capacidad de reclutamiento de mercenarios en Cartago, Roma, en el s. III era capaz de movilizar frente a Aníbal un ejército de unos 152.000 hombres, con unas reservas de casi 300.000. Pero el mismo Polibio reconoce que Roma tenía, un par de décadas después de la época que nos ocupa, la capacidad de movilizar unos 800.000 hombres. véase Pol. II, 24, 1-17. Sobre la capacidad estratégica global de Roma en la época, véase H. Kloft, *Die Wirtschaft der griechische-römische Welt*, Darmstadt 1992, 159 y ss. Más específicamente, D. W. Baronowski, "Roman Military Forces in 225 B. C. (Pol. II, 23-24)", *Historia* 42/2, 1993, 181-202.

¹³ El mismo Polibio se dio cuenta de las diferencias de fondo entre el planteamiento militar romano y el cartaginés. Varias veces a lo largo de su obra elogia aquel en contra de éste. La diferencia esencial era que el ejército cartaginés se componía principalmente de mercenarios, como es sabido. La única ventaja de

tampoco lo era la estructura política de ambas potencias, aspecto éste que Polibio expresa en su libro sexto como "diferencias constitucionales", diferencias que también juegan a favor de Roma¹⁴.

Así pues, en conclusión, debemos tener presente que la primera guerra púnica no fue el conflicto igualado que las fuentes supervivientes, todas prorromanas, nos han presentado¹⁵.

Pero, por si sólo, este aspecto no explica, desde luego, el rotundo fracaso militar de Amílcar. Sobre todo no explica porqué el planteamiento estratégico del cartaginés se va empobreciendo a lo largo de sus casi seis años de dirección de la campaña contra Roma, hasta acabar aislado totalmente, con un insuficiente ejército de

la inferior organización militar púnica consistía en que sus mandos superiores, a diferencia de los romanos, eran nombrados por tiempo indefinido y no estaban sujetos a la temporalidad de las magistraturas romanas, lo que permitía una mayor continuidad en los planteamientos estratégicos y operaciones de Cartago. Esta diferencia será hábilmente explotada por Aníbal en la primera fase de la II Guerra Púnica. Sobre la comparación entre ambos sistemas y formas de mando, O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol. II, Berlín 1896, 115 y ss.; S. Moscati, *I fenici e cartagine (società e costume)*, Turín 1972, 675 y ss.; W. Huss, *Geschichte der Karthager*, Munich 1985, 475 y ss.; B. Wollner, *Die Kompetenzen der karthagischen Feldherren*, Frnk-Berna- N.Y.-París 1987.

¹⁴ Véase Pol. VI, 11 y ss. Sobre Cartago y su comparación política con Roma, especialmente Pol. VI, 51 a 56.

¹⁵ Sin duda, el más objetivo, el propio Polibio, quien consultó (y utilizó) fuentes antirromanas, no sólo a Filino, sino repetidamente a historiadores del círculo de Aníbal, como probó Taifacos. Cf. I. G. Taifacos, "Tito Livio e una fonte antiromana de Polibio", *Latomus* 41, 1982, 817-832. En cuanto a los aspectos esenciales de este problema del objetivismo y prorromanismo del autor de Megalópolis, así como sobre sus fuentes, señalamos como más ponderados, E. Mioni, *Polibio*, Padua 1949, especialmente 119 y ss.; F. W. Walbank, *Com. I: "Introd."*, 26 y ss.; Id., "Polybius, Philinus and the First Punic War", *Cl. Q.* 39, 1945, 1-18; J. Martínez Gazquez, "Consideraciones sobre la objetividad histórica de Polibio", *BIEH* 10, 1976, 3-14; A. Díaz Tejera, *Polibio: Historias*, vol. I: "Introd.", Madrid-Barcelona 1982, cxvi y ss.; M. Balash Recort, *Polibio: Historias*, vol. I: "Introd.", Madrid 1981, 39 y ss.; Ziegler, "Polybios" (1), *R.E.* En general, P. Pédech, *La Méthode historique de Polybe*, París 1964, 154 y ss.; K. Sacks, *Polybius on the writing of history*, Los Angeles 1981; V. La Bua, *Filino-Polibio, Sileno-Diodoro*, Palermo 1966.

mercenarios¹⁶, en posiciones precarias en torno a Erice y Lilibeo, sin dinero¹⁷ y en una situación estratégica de la que no cabe esperar acción resolutive alguna. Para intentar explicar esta evolución, resulta imprescindible el análisis de los planteamientos estratégicos de Amílcar y determinar con precisión las razones de sus fracasos continuos hasta la última batalla de la contienda, en la que la flota romana de Lutacio Catulo, al mando de Valerio Falto¹⁸, derrota a

¹⁶ Unos 20.000 hombres, incluida la guarnición de Lilibeo, ésta bajo el mando de su segundo, de Gescón. La cifra la podemos inferir a partir de los números dados para la guerra líbica en Pol. I, 67, 13. También Nep., *Amíl.*, 2. -Si a estas cifras añadimos los prisioneros devueltos por Roma durante la guerra líbica, 2.743 (Eutr. II, 27; Val. Max. V, 1, 1), los desertores galos (citados en Pol. I, 77, 5) y el lógico desgaste militar de la campaña, podemos establecer que el ejército de tierra cartaginés en Sicilia no debió pasar nunca de los 30.000 hombres. Otros cálculos, como los de Kromayer o los de Gsell, todavía acortan más estas cifras. Véase S. Gsell, *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, vol. III, París 1918, 99; J. Kromayer y G. Veith, *Antike Schlachtfelder*, vol. III/1, Berlín 1912, 10.

¹⁷ Que Amílcar carece de dinero para pagar a sus tropas en la última fase de la guerra, es algo que no nos dicen las fuentes, pero lo probaría el propio motín de los mercenarios en Africa y que el general cartaginés tuviese que recurrir a "promesas". véase Pol. I, 66, 5 y 66, 11-12; I, 67, 1. Más específico sobre las promesas de Amílcar: Ap., *Iber.* 4. Defecciones como las de los galos compañeros de Autárito, en la propia Sicilia, podrían indicar que el ambiente de motín habría comenzado ya en Sicilia, aunque nada lo prueba. Ciertos indicios numismáticos en este sentido, aducidos por Cutroni Tusa, como señala Huss, no son concluyentes. Vid. W. Huss, *Geschichte der Karthager*, 253, especialmente n. 5. Obsérvese, finalmente, que estas promesas económicas realizadas por Amílcar en Sicilia, dan argumentos a sus rivales políticos en su contra, al hacerle aparecer como culpable, en parte, del posterior motín de sus mercenarios en África, como ya señalara Meltzer. Cf. O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol. II, Berlín 1896, 360.

¹⁸ El comandante de la flota romana en la batalla de las Egadas no fue Lutacio Catulo, como se asume frecuentemente de una lectura precipitada de Polibio (Pol. I, 60, 4 y ss.), sino Valerio Falto, pretor urbano de ese año. Catulo había sido herido por una catapulta. Véase al respecto Val. Max. II, 8, 2; Eutr. II, 27,1; Oros., *Hist. Adv. Pag.* IV, 10, 5; Zon. VIII, 17. Münzer, "Lutatius"(4), *R. E.*, col. 2069. También Volkmann, "Valerius" (157), *R.E.*, cols. 1-2.

la cartaginesa de Hanón¹⁹.

La fuente fundamental para el estudio de esta fase de la campaña, entre las supervivientes, sería el propio Polibio²⁰. Historiador, que en este punto, el referente a la dirección militar de Amílcar, deja clara su admiración por el cartaginés, como sabemos²¹. Admiración que, dados los pobres resultados, se nos antoja claramente exagerada e injustificada y que no sólo provendría del manejo de fuentes procartaginesas²², sino también -así lo creemos nosotros- de la propia condición de soldado de Polibio y de otras afinidades, digamos "filosóficas", con ciertos aspectos del comportamiento histórico de Amílcar y -sobre todo- de Aníbal. Ambos encarnarían virtudes esenciales del héroe estoíco²³.

¹⁹ No se trata de Hanón, el enemigo personal de Amílcar, sino de un almirante improvisado por los cartagineses para conducir la también improvisada flota hasta Amílcar. Sobre su identificación, Lenschau, "Hanno" (7), *R.E.*, cols. 2354-2355; W. Huss, *Geschichte*, 248, 8; F. W. Walbank, *Com.*, I, 125.

²⁰ Fuentes: Pol. I, 56 a 63; Diod. XXIV, 8 a 13; Val. Max. II, 8; Eutr. II, 27; Oros., *Hist. Adv. Pag.* IV, 10; Zon. VIII, 16 y 17.

²¹ V. gr. Pol. I, 64, 6.

²² Para Seibert toda la narración que nos da Polibio de esta última fase de la guerra provendría directamente de Filino. Ello estaría en consonancia con la firmemente asentada hipótesis de Díaz Tejera respecto a que fue este historiador siciliano la básica para la primera versión, la del libro I, referente al tratado de Lutacio. Cf. J. Seibert, *Forschungen zu Hannibal*, Darmstadt 1993, 83 y ss.; A. Díaz Tejera, "En torno al tratado de paz...", *Habis* 2, 1971, 109-126, especialmente § 40, p. 125.

²³ Sobre la valoración que hacen Polibio y otros autores antiguos de ambos personajes históricos, J. Vogt, *Das Hannibal Porträt im Geschichtswerk des T. Livius und seine Ursprünge*, Freiburg 1953; F. W. Walbank, *Com.*, II, p. 191 y ss.; K. Christ, "Zur Beurteilung Hannibals", *Historia* 17, 1968, 461 y ss.; J. Seibert, *Forschungen zu Hannibal*, Darmstadt 1993, 27 y 83-107; Id., *Hannibal*, Darmstadt 1993, 39 y n. 62. El caso de Aníbal no sería el único, ni mucho menos. Antes y ahora se toman con preferencia personalidades históricas como ejemplo moral y encarnación de virtudes ética. Incluso ciertos rasgos biográficos pueden obedecer claramente a estereotipos filosóficos, como señala el Prof. García Moreno en el caso de Viriato, L. A. García Moreno, "Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano", *Ier. Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. II, Santiago 1988, 373-382, esp. 382.

En todo caso, creemos que se puede establecer con claridad el desarrollo histórico de los acontecimientos militares de la última etapa de la guerra de Sicilia y, a través de él, las causas del progresivo empobrecimiento de los planteamientos estratégicos cartagineses en la campaña contra Roma.

En una PRIMERA FASE (primavera y verano del 247) parece evidente que la finalidad táctica de Amílcar en Sicilia era afianzar las precarias posiciones cartaginesas en la isla y frenar la ofensiva terrestre romana en torno a Erice y Lilibeo²⁴.

Para ello, Amílcar, al mando de la flota y posiblemente de tropas de refuerzo, debió llegar a la isla en la primavera del 247²⁵ e intentar hacer frente a las acciones romanas del cónsul Fabio en las proximidades de Drépano²⁶ con suerte adversa²⁷. La versión de Polibio nada nos dice de estos combates y ello no tiene nada de raro, pues hacen entrar al Barca con muy mal pie en la campaña y empañan su gloria militar desde el principio, al mostrar que no fue la sola presencia del caudillo cartaginés capaz de cambiar el transcurso de la guerra en Sicilia²⁸. Mal comienzo agravado por el motín de mercenarios que siguió a la derrota²⁹ y que Huss juzga

²⁴ Nos referimos fundamentalmente a los acontecimientos narrados en Pol. I, 55, 5 y ss. Que la iniciativa terrestre estaba en manos de Roma lo probarían acciones como las de Fabio (Zon. VIII, 16). Que los primeros pasos de Amílcar en Sicilia resultan un intento de neutralizar estas acciones romanas, es algo que resulta muy claro en las distintas narraciones de lo hechos. Walbank los interpreta sencillamente como "contramaneobras a la ocupación romana de Erice" (*sic.* (trad.) F. W. Walbank, *Com.* I, I 56, 1, p. 119). Sobre estas operaciones romanas, O. Meltzer, *Geschichte der Karthager*, vol. II, Berlín 1896, 332-340; W. Huss, *Geschichte der Karthager*, 244-246.

²⁵ G. de Sanctis, *Storia dei romani*, vol. III/1, Turín 1916, 253. También F. W. Walbank, *Com.* I, I. 66, 1, p. 119.

²⁶ Zon. VIII, 16.

²⁷ Respecto a estas operaciones militares, especialmente, O. Meltzer, *Geschichte...*, 339-340. También J. Seibert, *Forschungen zu Hannibal...*, 87.

²⁸ Walbank también achaca la versión de Polibio de estos acontecimientos a Filino. Cf. F. W. Walbank, *Com.*, I, p. 119. También *supra*.

²⁹ Zon. VIII, 16.

debido a problemas económicos: "denota que las arcas del estado estaban en gran parte vacías, por lo que el gobierno cartaginés había adoptado una política económica restrictiva con el ejército de Sicilia"³⁰.

Todo ello paralizaría las acciones militares, pues Amílcar, además de tener que hacer frente al motín, intentaría infructuosamente recuperar a sus soldados prisioneros de los romanos³¹.

Pero en este momento, la iniciativa romana no se limita a las operaciones en Sicilia, difícilmente concebibles sin barcos, especialmente las de Fabio. Roma debía mantener, en contra de la tajante afirmación de Polibio³², una flota, que si bien no les parecía suficiente para enfrentarse en línea con la cartaginesa (o que no querían arriesgar en tal acción), sí que permitiría operaciones navales de cierta envergadura. En relación con ello estarían las de corso narradas por Zonaras y que llegaron a alcanzar el puerto de Hipona³³, según Meltzer ante la impotencia de Amílcar para evitarlo³⁴. No sólo había entrado con mal pie en la campaña sino que había dejado la iniciativa militar en manos romanas, lo que sin duda era más grave.

Ahora el enemigo, seguro en Sicilia, amenazaba las costas de Africa en operaciones de corso mientras el cambio de mando y los

³⁰ Sic. (trad.) W. Huss, *Geschichte...*, 246-246, n. 234. Huss tiene oportunamente en cuenta que también Cartalón se había enfrentado a idéntico problema.

³¹ Vid. H. H. Schmitt, *Die Staatsverträge des Altertums*, vol. III, Munich 1969, núm. 488. Para Meltzer estas negociaciones enlazarían con la leyenda de Régulo. Para nosotros, en cualquier caso, la leyenda del viaje de Régulo a Roma haría referencia a esa desesperada búsqueda de la paz por parte de Cartago en una situación de cierto equilibrio en la campaña, ahora o en los años inmediatamente anteriores, los que siguieron a Drépano y Camarina. Vid. O. Meltzer, *Geschichte...*, vol. II, 340-341.

³² Pol. I, 55, 2.

³³ Zon. VIII, 16. Sobre las fuentes de estas expediciones corsarias, vid. O. Meltzer, *Geschichte...*, vol. II, 582.

³⁴ Cf. O. Meltzer, *Geschichte...*, vol. II, 341. Sobre estas acciones de corso, más brevemente, W. Huss, *Geschichte...*, 247, n. 238.

reveses de la campaña creaban problemas en el seno del ejército bajo su mando.

En su SEGUNDA FASE (fines verano 247-246), Amílcar, una vez superados los difíciles problemas con los que tuvo que enfrentarse a su llegada a Sicilia, pudo por fin comenzar con su plan de campaña. Aparentemente éste comprendía dos aspectos: uso de la flota para el ataque directo a Italia y a la costa Este de Sicilia³⁵ y el establecimiento de nuevas posiciones cartaginesas entre Erice y Palermo.

En cuanto a la finalidad estratégica de estos ataques anfibios a Italia, ésta resulta muy problemática. Es posible que fuese una respuesta a las mencionadas correrías de corsarios romanos en Africa -ciertamente-; pero también pudo suceder todo lo contrario, pues la cronología de estas incursiones romanas es incierta. En cualquier caso, para nosotros, la rotundidad de las afirmaciones de Polibio referentes a que Roma "*abandonó el mar completamente a raíz de los desastres navales*" de Drépano y Camarina³⁶, debería relativizarse, pues -como decimos- ni las operaciones de Fabio junto a Palermo, ni los refuerzos romanos posteriores en esta misma zona y Erice, ni las referidas expediciones corsarias resultan explicables sin barcos. Incluso la posterior retirada de la flota cartaginesa, que nosotros situamos a finales del 246 o comienzos del 245, podría explicarse como una medida defensiva de las costas africanas ante la amenaza de corsarios romanos. Los ataques de éstos pudieron ser aprovechados por Hanón el Grande para convencer al gobierno de que la política de Amílcar de ataques navales en Italia no producía resultados apreciables y era ineficaz a la hora de salvaguardar la integridad de las costas africanas de Cartago.

Sabemos con certeza que, por una causa u otra, Amílcar, a finales del verano de esta misma campaña del 247, inaugura estos

³⁵ Estos ataques nos son menos conocidos, de hecho sólo los podemos intuir, en relación con éstos iniciales a Calabria, a partir de un mínimo fragmento de Diodoro XXIV, 6.

³⁶ Pol. I, 55, 2; también Pol. I, 59, 1.

ataques anfibios con uno a la punta de la bota italiana, a la Lócride y a Brutio³⁷. La zona, muy localizada de su ataque, así como el hecho de extenderse probablemente a los dos lados del estrecho de Mesina³⁸ parece indicar, no sólo la intención de conducir una *razzia*³⁹ contra el enemigo, sino de proseguir una determinada estrategia que no sería original suya sino que continúa la ya iniciada anteriormente por Adérbal y Cartalón⁴⁰, y que encierra una finalidad más ambiciosa: probablemente dañar las comunicaciones entre Italia y Sicilia y crear un vacío estratégico en Calabria. La política romana de fortalecimiento y repoblación del norte de esta zona así parece indicarlo⁴¹ y acabará por neutralizar las acciones cartaginesas.

Simultáneamente, Amílcar, al regreso de esa primera expedición, tal vez a fines del mismo verano del 247, desembarcó en Hercte, entre Erice y Palermo⁴². La finalidad del establecimiento de

³⁷ Pol. I, 56, 3.

³⁸ También atacó Catania en esta misma expedición, según Diod. XXIV, 6.

³⁹ Así se califica repetidamente esta acción de Amílcar, con términos que niegan cualquier planteamiento estratégico de alcance. Véase p. ej. W. Huss, *Geschichte...*, 247 (Streifzüge); O. Mrltzer, *Geschichte...*, vol. II, 341 (Plünderungsfahrt); J.-P. Brisson, *Carthage ou Rome?*, Paris 1973, 90 (ravanger); H. H. Scullard, "Carthage and Rome", *C.A.H.*, vol. VII/2, Cambridge 1989, 564 (raid); J. Seibert, *Forschungen zu Hannibal*, 87 (Plünderungsfahrt). Sin embargo, es posible que estas expediciones encerrasen una intención más ambiciosa. De las hipótesis desarrolladas en este sentido, nos parece una de las más sugerentes y plausibles, la de Roldán Hervás, referente a que la intención de estos ataques pudo ser la de forzar a los aliados de Roma a empujarla hacia una paz con Cartago. Cf. J. M. Roldán Hervás, *Historia de Roma I. La República Romana*, Madrid 1981, 192. Nosotros también pensamos que podían tener el objetivo de sondear la firmeza de la confederación romana en Italia. No olvidemos que Amílcar tuvo que ser testigo de las consecuencias sobre el dominio territorial de Cartago de la invasión de Régulo en la década anterior. Si esto fue así, pronto comprobaría que el dominio romano sobre sus territorios aliados en Italia estaba mejor cimentado que el púnico sobre Africa.

⁴⁰ Sobre ello, especialmente W. Huss, *Geschichte...*, 247.

⁴¹ Fundamentalmente a través de la fundación de colonias. Vid. H. H. Scullard, "Carthage and Rome", *C.A.H.*, vol. VII/2, Cambridge 1989, 564.

⁴² La exacta ubicación de las nuevas posiciones de Amílcar es problemática. Vid. al respecto F. W. Walbank, *Com. I*, pp. 120-121.

esta nueva posición militar nos parece más clara que la de las operaciones anfibas. Según se desprendería de los razonamientos que explican la elección de Hercte por Amílcar, éste pensaba emprender desde allí una doble estrategia: amenazar las líneas romanas en Sicilia, entre Erice y Palermo, y usar esta posición como base para profundizar en sus ataques a la costa italiana⁴³.

Sin embargo, nosotros pensamos que la finalidad del establecimiento de esta posición por parte de Amílcar no era otra que la conquista de Palermo. Para ello nos basamos en que, al año siguiente (246), los romanos reaccionaron y, mientras el cartaginés proseguía con sus infructuosos ataques marítimos a Italia (Pol. I, 56, 10), sus enemigos romanos anulaban la nueva posición cartaginesa entre Erice y Palermo acampando fuerzas militares suficientes, probablemente todo un ejército consular⁴⁴, a solamente cinco estadios (menos de un kilómetro) del campamento de Amílcar.

Sin duda la nueva posición romana junto a Palermo fue un serio revés para Amílcar y representa una de las dos causas esenciales del fracaso de su planteamiento militar en esta fase de la guerra: con semejante fuerza romana ante Palermo, la recuperación de la plaza se presenta imposible. La otra será achacable al propio Amílcar y a su ejército por no lograr impedir el establecimiento de una cabeza de puente tan peligrosa, capaz de dar al traste con sus planes inmediatos en Sicilia.

TERCERA FASE (246-244)⁴⁵: correspondería, a su vez, a la primera fase de la llamada por Mommsen *pequeña guerra de Sicilia*⁴⁶. Durante este periodo el único objetivo militar de Amílcar parece ser la derrota del ejército consular acampado frente a sus

⁴³ Pol. I, 56, 3-10.

⁴⁴ Vid. J. Seibert, *Forschungen zu Hannibal*, 88-89 y n. 27.

⁴⁵ Duró casi tres años: Pol. I, 56, 11. El campamento romano debió establecerse poco después de comenzada la campaña del 246, Amílcar debió atacar Erice inesperadamente, ya entrada la campaña del 244, ante la ausencia de resultados positivos en sus ataques a la posición romana.

⁴⁶ *Klein Krieg*, Th. Mommsen, *Römische Geschichte*, Viena-Leipzig 1932, 220.

posiciones de Hercte, sin duda con la finalidad última de recuperar Palermo. Pese a su obstinación y empecinamiento⁴⁷, no logrará sus propósitos. Y es que, si graves son las razones que causan su fracaso en la etapa anterior, también lo son las consecuencias del mismo.

Como sabemos, el ambiente político respecto a la guerra y a la estrategia mediterránea estaba ya muy dividido en Cartago. Incluso, como señalamos en nuestra mencionada tesis doctoral, Amílcar no disfruta de un mando único en el ejército. Sabemos, a través de un pasaje de Diodoro, que este mando es compartido y que, al igual que el Barca tiene el poder militar en Sicilia, el Rab, Hanón, lo tiene en Africa, donde dispone de otro ejército "ocioso"⁴⁸; ejército que empleará en una campaña victoriosa en Libia.

Esta victoria de Hanón en Libia debió tener malas consecuencias para Amílcar. Desconocemos la fecha de su desarrollo con precisión, Meltzer la sitúa en el 247⁴⁹ y Huss se hace eco de ello⁵⁰, suponiendo este último que pudo tratarse de una expedición de castigo, en respuesta por la actitud de esa parte de Libia durante la invasión de Régulo⁵¹. No lo podemos saber con certeza, pero -desde luego- lo cierto es que, como vemos, mientras Amílcar cosechaba fracaso tras fracaso en su generalato en Sicilia, Hanón -su rival- probaba a la clase dirigente cartaginesa los frutos que se podían obtener de una política africana. Por ello, tuviese lugar esta expedición ahora (247-246) o después, el caso es que tuvo que contabilizar muy negativamente en la cuenta de Amílcar, quien lejos de restaurar la situación en Sicilia y lejos de ser capaz de explotar la superioridad naval cartaginesa, había quedado enfangado en una

⁴⁷ Patente con el gráfico ejemplo de los púgiles en el pancracio. Véase Pol. I, 57. El origen inmediato de esta imagen es estoico, en último término, platónico. Sobre esta metáfora y la de los gallos de pelea, K. F. Eisen, *Polybiosinterpretationen*, Heidelberg 1966, 179-180. Especialmente F. W. Walbank, *Com. I*, I, 59,7, pp. 122-123.

⁴⁸ Diod. XXIV, 10 (trad.): "*Hanón, siendo un hombre emprendedor y deseoso de renombre y, sobre todo, teniendo a su disposición un ejército ocioso...*"

⁴⁹ O. Meltzer, *Geschichte...*, vol. II, 336.

⁵⁰ W. Huss, *Geschichte...*, 246, n. 232.

⁵¹ Pol. I, 31. Cf. W. Huss, *loc. cit.*

costosa e inútil guerra de posiciones poco después del primer año de su llegada a la isla.

Además, el general cartaginés tuvo que darse cuenta que, con un campamento consular a ochocientos metros del suyo, proseguir embarcándose y embarcando tropas con la finalidad de realizar expediciones a Italia, no sólo alejaba las posibilidades de restaurar el frente en la zona y amenazar Palermo, sino que -además- corría el peligro cierto de encontrar su propio campamento en manos romanas al regreso de alguna de estas correrías. Así pues, éstas cesaron por completo.

Con ello, una consecuencia, tal vez buscada por los propios romanos con el establecimiento del mencionado campamento de Hercte, fue que la flota cartaginesa dejase de poder usarse como transporte de tropas y medio de desembarcos en lugares imprevistos. Por tanto, desaparecido este papel para las naves cartaginesas, éstas quedaron tan ociosas como lo estaba inicialmente el ejército de Hanón en Africa. En estas condiciones, creemos que la flota fue en una gran parte repatriada a finales de este año del 246.

En cuanto a la responsabilidad por esta medida, la de retirar la flota de Sicilia, los distintos autores que se han ocupado del caso la han atribuido a distintos orígenes⁵². Para nosotros, Pol. I, 61, 5, parece asumir que el origen de esta decisión hay que buscarlo en la propia Cartago y, también para nosotros, partiese de quien partiese la orden de repatriar la flota, la clase dirigente cartaginesa en general sería la responsable de la imprevisión en el mantenimiento de la flota y de su disolución. Claro que ello tampoco le quita la razón a Walbank cuando manifiesta que cualquier hipótesis sobre la retirada

⁵² A propia iniciativa de Amílcar al tenerla ociosa (De Sanctis); al gobierno de Cartago (Gsell); a una exigencia de los enemigos políticos de Amílcar, los hanónidas (Frank); a razones económicas (Thiel); a la propia situación táctica de los puertos cartagineses en la isla (Roldán Hervás). Vid. G. de Sanctis, *Storia dei romani*, vol. III/1, Turín 1916, 185; S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, vol. III, París 1918, 96, T. Frank, "Rom and Carthage: the first Punic War", *C.A.H.*, vol. VII, Cambridge 1928, 691-692. J.M. Roldán Hervás, *Historia de Roma I. La República Romana*, 192.

de la flota es mera especulación⁵³. Nosotros, desde luego, la vemos como inevitable, un poco por todas y cada una de las razones aducidas por los distintos autores, y, sobre todo, porque el mantenimiento de una flota de madera ociosa resulta muy difícil, costoso y complicado pero no creemos que, en último término, su retirada fuese solicitada por Amílcar⁵⁴.

Por lo demás, la concentración cartaginesa en las maniobras terrestres en Hercte no produce resultados apreciables. El balance de Amílcar al final de esta etapa es también negativo: ni logra hacer levantar el campo al ejército consular, ni recuperar Palermo. Es más sus planteamientos militares se han empobrecido tanto que, a nuestro juicio, ha perdido toda visión estratégica global de la guerra, todo "objetivo estratégico", sólo tiene *in mente* "objetivos tácticos". Objetivos que -además- tampoco cumple, especialmente por carecer de medios adecuados. Obsérvese, en este sentido, que Amílcar debería haber intentado obtener una victoria decisiva sobre el ejército consular que tiene delante. No sólo no la logra, sino que la busca solamente a través de intentar atraer al enemigo por medio de emboscadas y trucos⁵⁵: parecen temerse ambos contendientes y está claro que Amílcar no se cree con fuerzas suficientes para plantear un combate en línea. Combate que -además- creemos que nunca le habrían aceptado los romanos.

Las consecuencias de este nuevo fracaso debieron ser muy importantes. Mediada la campaña del 244, a casi cuatro años de su llegada a Sicilia, el general cartaginés al mando en Sicilia no tiene en la cartera ni un solo triunfo, ni un solo éxito, que presentar en Cartago. Podemos suponer lo grave que esto resulta en el ambiente de división y cansancio respecto a esta guerra dentro de la clase dirigente cartaginesa. En estas condiciones, y dados los triunfos de Hanón en Africa, a Amílcar le debía resultar muy difícil lograr medios militares con los que poder hacer algo frente a las legiones.

⁵³ F. W. Walbank, *Com. I*, p. 124.

⁵⁴ Salvando este punto, nos parecen las hipótesis más razonables las de Frank, Gsell y Roldán Hervás.

⁵⁵ *Pol. I*, 57, 5 y 7.

La situación del comandante cartaginés en Sicilia se había convertido, de esta forma, en un círculo vicioso que acabaría siendo decisivo a la hora de explicar el fracaso final cartaginés en esta guerra: sin más medios era impensable obtener un avance táctico decisivo que le permitiese -a su vez- un replanteamiento estratégico de la campaña. Sin obtener algún éxito significativo de tipo táctico, era impensable que el gobierno cartaginés se inclinase a aumentar los medios a su disposición, único camino para lograr un cambio estratégico.

IV FASE (244-242) La cuarta fase correspondería a la segunda y última de la llamada "*pequeña guerra de Sicilia*" y comprendería los dos años de operaciones militares en Erice⁵⁶.

En un determinado momento, durante el transcurso de la campaña del 244, Amílcar decide abandonar las operaciones y posiciones en Hercte y atacar por sorpresa las posiciones romanas en Erice: ¿Por qué?

Si nuestra visión del desarrollo causal de la campaña de Amílcar en Sicilia ha sido correcta hasta el momento, el lector reconocerá inmediatamente que la finalidad última del ataque a esta posición es política y no estrictamente estratégica. Como hemos visto, hasta la fecha, Amílcar no ha cosechado otra cosa que fracasos en Sicilia; no sólo desde el punto de vista global y estratégico, también desde el punto de vista táctico. No ha cumplido ninguno de sus objetivos propuestos.

A estas alturas de la guerra, la única forma de romper ese círculo vicioso que hemos descrito respecto a los medios militares, era presentar algún resultado positivo que ayudase a su facción política en Cartago a apoyar la causa de Sicilia, a convencer al gobierno de que una salida victoriosa (honrosa, al menos) era todavía posible, siempre y cuando se contase con los medios adecuados... Creemos, en definitiva, que la causa que movió a Amílcar sobre Erice fue, simplemente, que necesitaba desesperadamente presentar

⁵⁶ La guerra de posiciones de Amílcar en torno a las posiciones romanas de Erice dura dos campañas: Pol. I, 88, 6.

a su gobierno un éxito militar, una victoria, y ésta, la posición romana en torno a Erice, no parecía una presa difícil, mientras que, como hemos visto, proseguir el avance sobre Palermo desde Hercte era algo superior a las fuerzas con las que se contaba.

Así pues, el objetivo táctico de la operación cartaginesa sobre Erice era la conquista de esta posición romana. No parecía empresa difícil: Lucio Juno la había logrado fácilmente unos cinco años antes⁵⁷. El objetivo estratégico: lograr de Cartago medios suficientes para poder proseguir adecuadamente la campaña con alguna probabilidad de éxito⁵⁸.

Para lograr su propósito, Amílcar dio lo mejor de sí mismo como táctico. La narración de Polibio es escueta, demasiado escueta, sospechosamente escueta⁵⁹. Sin embargo, Diodoro nos da algunas pinceladas interesantes para estudiar el estilo de Amílcar como táctico⁶⁰, así como sobre su calidad humana⁶¹. A través de ellas comprendemos que el general cartaginés estaba convencido (con razón) de que la única manera de tener éxito en la empresa, en la conquista de la posición de Erice, era por medio de un ataque sorpresa que supliere su inferioridad en medios. Prestó especial atención a que los preparativos fuesen secretos y, para reforzar la

⁵⁷ Pol. I, 55, 5 y ss. Más detalles en Diod. XXIV, 1. Una reconstrucción verosímil en O. Meltzer, *Geschichte...*, vol. II, 333.

⁵⁸ Para nosotros no hay duda de que ésta es la razón de fondo en la acción de Amílcar, vistos sus fracasos y la situación política de la metrópoli. Ciertamente este objetivo, para nosotros primordial e inmediato, no estaría, de todas formas, reñido con otros posibles de carácter táctico o estratégico; pues una operación militar puede tener simultáneamente varias intenciones. Para Meltzer, por ej., la toma de Erice podría tener como meta última la liberación de Drépano. Walbank o De Sanctis son de similar opinión. Cf. O. Meltzer, *Geschichte...*, vol. II, 343, F. W. Walbank, *Com.*, I, p. 122. También G. de Sanctis, *Storia dei romani*, vol. III/1, Turín 1916, 182-184.

⁵⁹ Pol. I, 58, 2-6. Recordemos que partimos de la hipótesis de que Polibio se basa en una fuente probárcida; procartaginesa, al menos (*supra*).

⁶⁰ Diod. XXIV, 7 a 9.

⁶¹ Nos referimos a la anécdota de la tregua para retirar a los muertos de uno y otro bando, Diod. XXIV, 9. Esta anécdota de la tregua tiene también otra lectura histórica, como veremos.

sorpresa y eludir que los romanos del campamento consular de Hercte estorbasen sus planes, concibió la operación como nocturna y anfibia⁶². Luego, él mismo dirigió el desembarco y la subida a la ciudad en una probable carrera de treinta estadios, contra el tiempo y contra la pendiente⁶³ de treinta estadios⁶⁴, los que separan la costa -imaginamos- de la ciudad, según Polibio, a media ladera⁶⁵.

Sin embargo, el desembarco y el asalto a Erice fueron un éxito muy parcial y relativo, pese a la ejecución inicial impecable; pues la operación -en conjunto- resultó, una vez más, un estrepitoso (y definitivo) fracaso para Amílcar. Este consiguió -ciertamente- sorprender inicialmente a los romanos, tomar la ciudad de Erice y establecer en ella una cabeza de puente, pero no logró ampliar la posición. Los romanos, a su vez, no intentaron recuperar la ciudad⁶⁶ en un primer momento, sino que se atrincheraron en sus fuertes al pie del monte y en la cima, en torno al santuario de Afrodita⁶⁷.

En estas circunstancias es posible que, de contar con medios para ampliar su cabeza de puente, Amílcar hubiese logrado su objetivo, pero como fracasó en la toma de la posición romana, no cumplió tampoco su objetivo táctico inmediato; antes bien: quedó una

⁶² Sobre estos preparativos, especialmente Diod. XXIV, 7.

⁶³ Nos basamos en las descripciones topográficas de Polibio I, 58, 2-3 y Diodoro XXIV, 8 y 9. Sobre estos discutibles aspectos topográficos: W. Huss, *Geschichte...*, 247, n. 241. También Hülsen, "Eryx" (1), *R.E.*, col. 604.

⁶⁴ La distancia, en estadios (*áticos*, suponemos) la da Diodoro (Diod. XXIV, 8). Equivaldría a unos cinco kilómetros y medio. Sobre la medida de este tipo de estadio véase Ch. Daremberg & Edm. Saglio, "Stadium III, Métrologie", *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, vol. IV/2, París 1887¹, ed. reprofotográf. Akademische Druck und Verlagsanstalt, Graz 1969, 1455-1457.

⁶⁵ Pol. *loc. cit.* (I, 48, 2).

⁶⁶ Esta estaba deshabitada, pues parece que Amílcar la destruyó para fortificarla y sus habitantes, siempre según Diodoro, fueron deportados (suponemos que por mar) a Drépano. Cfr. Diod. XXIV, 8. También W. Huss, *Geschichte...*, 247, n. 241. Sobre su origen y situación, especialmente J. Kromayer y G. Veith, *Antike Schlachtfelder*, vol. III/1, Berlín 1912, 25 y ss.

⁶⁷ Sobre el significado religioso y moral de esta posición del santuario, véase especialmente Jessen, "Erycina", *R.E.*, cols. 562-565. También F. W. Walbank, *Com. I*, I, 55,8, pp. 119-119.

vez más atascado, y esta vez en una posición comprometida, viéndose asediado desde la altura y desde la costa, y con graves problemas de aprovisionamiento⁶⁸.

Para nosotros, el escueto pasaje de Polibio y la descripción de las instrucciones (desobedecidas) de Amílcar a Vodóstor⁶⁹, así como la arrogante respuesta del cónsul Fundanio a su solicitud de una tregua para recoger a los muertos⁷⁰, nos describen al cartaginés encerrado en una ratonera, plenamente consciente de lo precario de su posición, también patente para los romanos.

EPILOGO (243-241) Los romanos se percataron del doble fracaso de Amílcar en Erice: había quedado en una posición táctica comprometida y en una posición estratégica desesperada. Carente de medios y sin esperanzas de lograr refuerzos significativos desde Cartago. Abandonado a su suerte, hacía promesas atrevidas a los soldados⁷¹. Promesas que, más tarde, el gobierno cartaginés no asumiría. Había abandonado la inútil pero segura posición de Hercte⁷² y se había metido en otra sin salida, quedando tan cercado como su segundo en el mando -Gescón- ... En definitiva, estaba atrapado: si se bloqueaba por mar su posición de Erice ya no le quedaría más remedio que rendir su ejército de Sicilia, y sin ese ejército, no quedarían más plazas cartaginesas que las ya cercadas por los romanos de Drépano y Lilibeo... La guerra habría concluido.

Al año siguiente de su desembarco en Erice, en el 243, mientras Fundanio hostigaba a los cartagineses con suerte variable⁷³ para evitar que abandonara su comprometida posición, Roma decide fletar una nueva armada, esta vez con barcos de línea más

⁶⁸ Cf. Pol. I, 58, 3.

⁶⁹ Eludir un enfrentamiento directo con los romanos (Diod. XXIV, 9).

⁷⁰ También en Diod. XXIV, 9.

⁷¹ Pol. I, 66, 12 y 67, 12. Promesas cuyo alcance ya ha sido comentado.

⁷² Así lo prueban los acontecimientos posteriores. Pol. I, 58, 3.

⁷³ Se deduce de Pol. I, 58, 4 y ss. Se infiere de Diod. XXIV, 9 (anécdota de la tregua para recoger a los muertos).

poderosos⁷⁴. El objetivo táctico de Roma: aislar por mar y, por tanto, dejar sin avituallamiento al ejército de Amílcar. Su objetivo estratégico: eliminar de Sicilia todo contingente militar cartaginés con capacidad ofensiva. Objetivo táctico de Amílcar: mantener su comprometida posición de Erice confiando en el avituallamiento por mar; objetivo cuya pobreza de metas y derrotismo resultan evidentes. Objetivo estratégico: ninguno... La guerra estaba perdida. Lo estaba aunque la armada púnica hubiese conseguido embarcar a los hombres de Amílcar⁷⁵ y vencer a la flota de Lutacio. Aun en ese hipotético y difícil caso, la guerra habría seguido estando decidida: el estratega cartaginés en Sicilia no había sido capaz de lograr ninguno de sus objetivos militares y ahora Roma era la dueña del suelo de Sicilia. El fracaso sin paliativos de Amílcar había sido el fracaso de Cartago.

⁷⁴ Para nosotros, ya lo hemos explicado, Roma habría mantenido barcos (restos de sus antiguas flotas) durante todo este periodo, pero no una escuadra de línea capaz de enfrentarse a la cartaginesa. La que construye ahora, en el 243, es una flota de características distintas, esencialmente constituida por un nuevo tipo de quinquerremes muy bien descritas por Meijer. Los barcos que tenían los romanos anteriormente resultaban inferiores a los cartagineses y los eludían. Ello se infiere de los cambios en el diseño naval romano. Sobre la tipología de estos nuevos barcos de la flota de Lutacio, especialmente F. Meijer, *A History of Seafaring in the Classical World*, Londres-Sydney 1986, 164.

⁷⁵ No se entiende muy bien porqué es tan importante, según Polibio, con vistas a la victoria cartaginesa, que Amílcar y sus hombres lleguen a embarcarse (Pol. I. 60, 3 y 8). Particularmente Pol. I. 60, 8 parece considerar la persona de Amílcar como esencial para la victoria; pero nada indica, siquiera, que, de hacerlo, de haber logrado embarcarse, hubiese detentado el mando supremo de la flota, sobre Hanón. Nosotros pensamos que así pudo ser, pero nos movemos en el terreno de la hipótesis por analogía con otras situaciones históricas y basándonos en la coherencia con nuestra hipótesis anterior, referente a que el mando supremo del ejército de Cartago es doble y que el mando en Sicilia corresponde a Amílcar. En cualquier caso, nos inclinamos a pensar que la consideración de Polibio referente a la trascendencia de la figura de Amílcar, dando casi a entender que la batalla se perdió por no haberla dirigido él, procede directamente de afirmaciones en este sentido en la fuente probárcida que -como señalamos anteriormente- pudo utilizar en esta narración de los acontecimientos de la última etapa de la Primera Púnica.

Resumen / Abstract

Amílcar Barca no cosecha otra cosa que fracasos en su intervención durante la última fase del conflicto de Sicilia. Esto, y la división política de la clase dirigente cartaginesa, conduce a una situación de estancamiento y abandono de la causa siciliana por parte de Cartago, que resultará fatal para el desenlace del conflicto. El artículo pretende fijar las causas de este proceso cartaginés y las fases de su desarrollo, así como clarificar los objetivos tácticos y estratégicos de Amílcar en cada momento.

Hamilcar Barca reaps nothing but failures during the last phase of the Sicilian war in which he intervenes. Together with both, the political division and personal rivalry within the carthaginian ruling class, these failures lead Carthage into a process of stagnation and withdrawal from the Sicilian cause. This process eventually turns out to be a tragic military outcome to the resolution of the conflict. The present paper aims to establish the reasons behind this Carthaginian involvement at its different stages of development, as well as to clarify Hamilcar's tactical and strategic goals at each point in the process.